

Mercado

« Yo no sé. si los mercados piensan de forma acertada, pero si sé que no se puede pensar contra los mercados ». Esta increíble. declaración del ideólogo Alain Minc resume : de maravilla una de las mayores imposturas del capitalismo contemporáneo, que consiste en llevar a su paroxismo eso que Marx llamaba el fetichismo de la mercancía. Este nuevo dogma se enuncia en tres proposiciones : que los mercados son naturales, que se imponen a nosotros, y que hace falta extenderlos. Deberíamos inspirarnos, retomando otra imagen de Minc, en el « campesino al que no le gusta el granizo aunque convive con el ».

Aquí esta el « pensamiento único » desplegando su galería de ficciones. Porque, en primer lugar, el mercado no es la forma natural de la organización social. Al contrario del dogma liberal, los mercados no son marcos espontáneos en cuyo interior se mueven individuos racionales y desencarnados. Los mercados son instituciones, productos de la actividad humana, relaciones sociales materializadas. La mejor prueba es Rusia después de la caída del Muro : el desmantelamiento de las estructuras anteriores, no ha bastado para hacer nacer el mercado por generación espontanea. Y como la sociedad tiene horror al vacío, la mafia ha ocupado en buena medida el terreno. ¿ Qué se pensaría de un Minc ruso que afirmase : « Yo no sé si la mafia piensa de : forma acertada, pero sé que no se puede pensar contra la mafia « .

La segunda ficción consiste en postular la unicidad de la forma mercado. Entre el consumidor que va a hacer la compra, y AOL que adquiere Time Warner en la Bolsa, hay algunas diferencias. Desde este punto de vista, habría que distinguir entre el consumo individual, los bienes públicos, el trabajo y la inversión. Reflexionando un poco, uno se da cuenta que el mercado es una forma de organización adaptada a las pequeñas compras individuales pero no a otras grandes funciones. Se podría también tomar las cosas al revés y demostrar que una fracción importante del consumo no está asegurada por mecanismos de mercado. Hagamos cuentas : la compra de un automóvil pasa por el mercado. Pero para circular con el hermoso coche, se necesita gasolina y una carretera, y estos factores escapan en parte al mercado : precios y concesiones reglamentadas en el caso de la gasolina, programas públicos para las autopistas, de peaje o gratuitas. La salud, la educación, las inversiones públicas, el suministro de agua, gas o electricidad pasan por redes o servicios públicos en gran parte socializados. En estos pretendidos mercados, hay tarifas más que precios, y la oferta se adapta a la demanda en función de procesos de decisión directamente políticos.

Imaginemos por un momento que las sociedades capitalistas hayan funcionado con el único criterio de la maximización del beneficio, según una lógica pura de mercado. Una buena parte de los resultados de la actividad humana probablemente nunca habrían sido alcanzados. ¿ Estamos seguros de que la escuela o el hospital sean rentables, en el sentido mercantil del término, y que esta cuestión tenga siquiera un sentido ? Todo lo contrario, gracias a que las leyes del mercado han sido constantemente encuadradas, a que los precios han sido « distorsionados », a que la oferta ha sido socializada, la satisfacción de las necesidades sociales se ha extendido a lo largo de los años.

El fondo del proyecto neoliberal pretende, en cambio, reducir a un mínimo absoluto todo lo que no es mercantil, y todo lo que no es rentable. Y la mejor manera de conseguirlo es

someter a la ley del mercado b que las aspiraciones populares habían conseguido sacar de una estrecha determinación mercantil. Desde ese punto de vista, las privatizaciones no tienen otra función que devolver al mercado aquellos sectores que habían sido extraídos del mismo. Entre los argumentos empleados para legitimar esta deconstrucción sistemática del Estado del Bienestar, uno de los más perniciosos es invocar la necesaria adaptación a las mutaciones tecnológicas. Esta tercera ficción es uno de los rasgos más reaccionarios del capitalismo actual. Se puede demostrar, por el contrario, que las nuevas tecnologías de la información representan un potencial suplementario de desmercantilización y de gratuidad. La opción está, si que quiere, entre Microsoft y Linux, y ni la eficacia ni la racionalidad están del lado del producto que domina actualmente el mercado. Por eso la « exuberancia irracional » (la expresión es del Presidente del Federal Reserve Bank, Alan Greenspan) que caracteriza a los mercados financieros se apoya en una utilización tergiversada de las posibilidades de Internet. Como mercado puro y perfecto, la Bolsa se convierte en el lugar de todas las desviaciones y, sin duda pronto, de las más severas correcciones.

Los mercados son en el fondo instituciones bastante pobres y de eficacia limitada. Y sin embargo hay ecologistas que piensan que se podría controlar el efecto invernadero gracias a las ecotasas o, peor aún, fabricando un mercado de derechos de contaminación. Este absurdo desolador tiene al menos el mérito de subrayar la imperiosa necesidad de coger la sartén por el mango, planificando una política energética sencillamente razonable. Sí, ¡ planificar ! Dicho de otra forma, efectuar elecciones decisivas para la humanidad a partir de criterios que no pueden ser apreciados en el mezquino marco de la pequeña contabilidad mercantil.

EU mercado es falsamente moderno. Lo que sería de verdad moderno, y adecuado a los nuevos avances tecnológicos así como a las aspiraciones sociales, es la extensión de la gratuidad, en una palabra, el contrario absoluto del mercado. La idea que poco a poco se va abriendo camino hoy en día y que se concreta en las luchas sociales llevadas a cabo en el mundo, es que las sociedades deben comenzar por satisfacer las necesidades elementales, que son otros tantos derechos. Todo el mundo debería tener un acceso garantizado a condiciones dignas de existencia, mientras el « mercado de trabajo » fabrica nuevos pobres, nuevos excluidos, nuevos hambrientos, que son la contrapartida de los extravagantes mercados de lujo y de la finanza. Habrá que escoger entre la resignación a las desigualdades de mercado y la voluntad de ejercer un control sobre la dictadura de los mercados, en nombre de este hermoso principio de que « el mundo no es una mercancía ».